

Cultura y desarrollo rural

Vicente Manuel Zapata Hernández

Departamento de Geografía de la ULL

Cuando se intenta evaluar o determinar el potencial endógeno de cualquier lugar, en el marco de los postulados del Desarrollo Local, se enfatiza siempre la búsqueda de sus singularidades, esto es, la detección de lo específico o genuino de cada territorio o comunidad. Pues bien, las diferencias existentes entre regiones, localidades, pueblos, y también entre generaciones y grupos sociales, son sobre todo diferencias de carácter cultural. Por ello, el desarrollo cultural debe ser considerado como uno de los factores esenciales del desarrollo territorial.

Y así, autores como Bernard Kayser, experto europeo en desarrollo rural, llegan a afirmar lo siguiente: "Cualquiera que sea la forma que adopte la cultura, ésta constituye el mejor y el más eficaz de los vectores del desarrollo, ya que contribuye a la valorización del potencial colectivo y favorece el crecimiento de la personalidad de los individuos".

Entonces podemos afirmar que la cultura rural puede servir como referencia para crear modelos de desarrollo alternativos o complementarios, e incluso, para reforzar los ya existentes, sobre todo mediante su proyección como elemento dignificador de las comunidades locales. Hablamos entonces de "cultura positiva" o "productiva", esto es, de la capacidad de generar riqueza y empleo que tiene la cultura y de su incidencia en el aumento de la calidad de vida de los habitantes y del grado de cohesión social de determinados lugares. Por ello, es preciso atender y conocer la realidad sociocultural y el grado de identificación entre sociedad y territorio, puesto que dicho binomio constituye uno de los pilares fundamentales del desarrollo local. Asimismo es vital identificar los elementos de identidad cultural que posee la comunidad en el marco local.

Pero, llegados a este punto, y antes de seguir la reflexión, planteamos una cuestión esencial: ¿Qué entendemos por cultura en el medio rural?

Proponemos una consideración amplia y dinámica, una lectura “generosa” del concepto de cultura, que engloba no sólo las manifestaciones propiamente culturales (costumbres y fiestas, tradición oral, patrimonio construido, etc.), sino que también implica los modos de vida y los valores, las pautas de ocupación y explotación del territorio, las formas de relación con otras comunidades, etc. Según Bernard Kayser, cultura es sinónimo de civilización, y asimismo lo entendemos nosotros. Para otros autores, la cultura es la forma en que el hombre “contesta” a los problemas que la naturaleza (el medio) le plantea, y por tanto, la cultura impregna todas las facetas de su vida.

Una cultura, la rural, que se ha ido conformando por la incorporación de múltiples elementos. Unos de tipo endógeno, que tienen que ver con el contacto permanente de los habitantes del medio rural con la naturaleza, con las actividades manuales, con el marcado carácter artesanal y multidimensional de la “profesión” de campesino, recurriendo a la biología, a la climatología, a la química, a la mecánica, a la economía, pero también, y sobre todo, a la experiencia y al sentido común. Otros de tipo exógeno, que se relacionan con la ocupación foránea del territorio y con las influencias externas. En definitiva, una cultura de síntesis, diversa y rica en sus manifestaciones.

Por tanto, la cultura constituye uno de los potenciales fundamentales del mundo rural, muchas veces insuficientemente aprovechado desde y dentro del mismo espacio, sobre todo en un contexto cada vez más globalizado, que, sin embargo, atiende y reconoce las particularidades locales. En efecto, la globalización tiende a la uniformización de los espacios, y por ese motivo, es importante profundizar en las diferencias para poder competir desde el mundo rural con garantías y conformar un espacio-proyecto sólido y diferenciado.

En este sentido, la dimensión cultural no puede estar ausente en los proyectos de desarrollo, puesto que, de lo contrario, estarían incompletos ya que se les habría privado de una parte de su eficacia, tanto hacia el exterior como hacia el interior de la propia comunidad.

Como ya se ha señalado, es necesario atender al concepto de identidad. A la identidad de los grupos humanos, que se plasma, fundamentalmente, en su bagaje y patrimonio cultural. Dicha identidad constituye una de las bases en que se fundamenta el desarrollo local, puesto que es difícil plantear una alternativa de desarrollo y de mejora de la calidad de vida de los habitantes, asentada en su imprescindible cohesión social, si no se tienen en cuenta, entre otras variables, el conjunto de modos de vida y costumbres del grupo social.

La búsqueda o la reconstrucción de una identidad territorial, en la que la cultura es uno de sus principales elementos constitutivos, supone, a veces, el proyecto colectivo de individuos, de grupos, de localidades, de espacios motivados por un deseo común. Constituye el refuerzo o idea compartida que puede canalizarse hacia la afirmación del proceso de desarrollo local. Una razón de peso para alcanzar la confluencia de intereses sumando esfuerzos, y en definitiva, para conseguir la concentración de la energía colectiva.

Y es que, es más sencillo aunar voluntades y generar ilusión en torno a un proyecto común de evidente dimensión cultural. De este modo, el patrimonio cultural se convierte en “gancho” para encauzar iniciativas de desarrollo en el contexto local, y sobre todo, para inspirar el inicio del trabajo colectivo en comunidades con evidentes problemas fruto de su desarticulación.

La diversidad es sinónimo de riqueza en el plano cultural, y por ello, la diversidad es una de las ventajas principales de la oferta cultural. El mundo rural constituye una “mina de culturas”, latentes o patentes, originales en todo caso. Y por ello, en vez de hacer desaparecer o de permitir que desaparezcan dichas diferencias, debemos intentar consolidarlas y proyectarlas en las

estrategias de desarrollo local. Debemos, por tanto, cultivar las diferencias y valorizar las singularidades. Por esa razón, una política cultural para el desarrollo debe ser adaptada, selectiva, decidida lo más cerca posible del terreno, y por encima de todo, debe contar con la iniciativa y la participación de los agentes locales. A veces, la llegada imprevista de productos foráneos a un pueblo (espectáculo, exposición, etc.) corre el riesgo de “no dejar huella” en la práctica.

Por tanto, cultura y desarrollo son dimensiones que deben ir de la mano en el ámbito local, o por lo menos, coordinar su acción para beneficiarse de forma mutua y contribuir al progreso efectivo de la comunidad.

Así, por ejemplo, la programación de una fiesta en un pueblo debe ser tarea en la que se impliquen las concejalías de cultura-fiestas y desarrollo, junto a la insoslayable participación de los vecinos, puesto que, al margen de reforzar las interacciones entre los agentes (fruto de sus contactos para prepararla y luego disfrutar de ella), es posible plantear actividades que contribuyan a reforzar la identidad de la comunidad y a activar su potencial endógeno. En un contexto lúdico podemos estimular, por ejemplo, la recuperación de recursos endógenos, la mejora del patrimonio local, el acondicionamiento de las infraestructuras y equipamientos, la transmisión de valores y conocimientos, la demostración de actividades tradicionales, etc. Dicha acción se inscribe además en uno de los mayores retos actuales para activar el desarrollo local: la búsqueda de nuevas formas de activar la participación ciudadana, como actividad placentera con resultados concretos.

En toda esta dinámica es importantísima la acción de los dinamizadores locales, que no deben atender sólo a la “captura” o canalización de recursos exógenos. Es trascendente que concentren su atención también en la dimensión sociocultural del desarrollo local, muchas veces olvidada, no sin antes comprender su relevancia y adquirir el conocimiento y las herramientas necesarias para afrontar ese trabajo con solvencia.

En efecto, para intervenir con garantías en su comunidad, los dinamizadores locales deben conocer el potencial endógeno de la dimensión cultural; el marco legal e institucional que le afecta; los instrumentos de apoyo, en todas las escalas, para afrontar su efectiva promoción; las posibilidades de la iniciativa privada, etc. Y a partir de ahí, diseñar actuaciones concretas en el marco del “proyecto territorial” o de la estrategia de desarrollo definida, siempre considerando la opinión de los agentes locales fruto de su participación activa.

Mesa de Trabajo: Cultura y Desarrollo.

Sin embargo, no es sencillo el trabajo técnico en el medio rural, ya que es bastante difícil hablar de zonas rurales “puras”, puesto que la agricultura y la ganadería como funciones económicas fundamentales apenas tienen incidencia en la población de muchos lugares; pero sí que existen áreas donde se mantienen costumbres más ligadas a estas labores, que se realizan como actividades secundarias o complementarias, y lo que es más importante, pervive una cultura bastante diferenciada a pesar de la continua movilidad de personas y el flujo de ideas y formas de vida. Lo que no está claro es cuál es el futuro de dichos espacios. Y es que, por un lado, ya han “sufrido” diversas oleadas de abandono por la emigración de sus gentes hacia áreas más atractivas, mejor comunicadas y con adecuados servicios, viéndose muy afectadas sus estructuras sociodemográficas, y por otro lado, muchos de estos pueblos están siendo reocupados por población urbana que busca tranquilidad y paisaje, cuando no por inmigrantes recién llegados que desean rehacer su vida y la de sus familias.

En efecto, el mantenimiento de la “vitalidad local” en muchos sitios sólo es posible en la actualidad si se desarrollan procesos de movilidad poblacional: personas que vuelven al lugar del que salieron años atrás, y que se instalan de manera permanente o estacional, o nuevos pobladores del campo, clases medias y altas que buscan otro ambiente como alternativa a su vida urbana, e incluso, inmigrantes que aportan una nueva energía al mundo rural. Se produce

entonces la configuración de una nueva sociedad, que provoca cambios en la cultura local tradicional.

En ciertos casos, se está produciendo una recomposición social y económica permanente de los pueblos. Muchos autores afirman, en este sentido, que la cultura rural no muere, sino que a menudo es vencida y permanece latente, esperando el paso del tiempo y épocas mejores. Su persistencia sigue avivando nombres de lugares (toponimia), ritos y tradiciones, celebraciones y fiestas, etc.

Ante esta moderna dinámica, ¿qué actitud tomar? ¿cómo afrontar la nueva situación? y sobre todo, cómo abordar los aspectos que tienen que ver con el mantenimiento de la cultura rural en un mundo que experimenta continuas transformaciones.

Ante todo, favorecer la integración buscando espacios de encuentro y colaboración. Después, fomentar el conocimiento de la cultura precedente y de las nuevas aportaciones. Y luego, propiciar la configuración de la “cultura presente”, que integre todas las contribuciones intentando mantener la singularidad local. Evitar los conflictos en cualquier caso, puesto que todos se deben implicar de forma solidaria en el proceso de desarrollo local: las estrategias diseñadas deben contemplar las necesidades y contener las aspiraciones del conjunto de agentes que interactúan en el marco local.

Pensar que la multiculturalidad, fruto del intercambio cultural, también puede contribuir al desarrollo local, esto es, que la diversidad cultural es un factor de desarrollo en el mundo rural.

Quizás el trabajo a realizar tenga que empezar por activar la reflexión y despertar debates acerca del futuro del mundo rural y plantear cuáles con sus principales desafíos a comienzos del nuevo milenio. Y es que, la acción en el espacio rural debe enfatizar, sobre todo lo demás, la involucración de sus

agentes utilizando metodologías participativas, fomentando que la población allí asentada pueda decidir sobre su vida futura reflexionando sobre el pasado y el presente.

En este sentido, sólo se podrán hallar soluciones razonables a los problemas planteados a través de múltiples concertaciones, lo que requerirá esfuerzos y compromisos por parte de todos los implicados, algo que, a su vez, exigirá tiempo (el desarrollo local entendido como un proceso) para aceptar y llevar adelante las reformas necesarias. La implicación de todos los habitantes del espacio rural, viejos y nuevos, en el sentido de su pertenencia a ese ámbito, es imprescindible para afrontar los retos actuales y futuros.

En relación con la acción cultural en el desarrollo local, hay que procurar, como ya se ha señalado, que la población rural asuma la iniciativa cultural, y que ésta, aún cuando provenga del exterior, contribuya a consolidar la identidad y la cohesión social. Por tanto, la programación cultural no sólo debe entenderse como entretenimiento o animación, sino también como una vía para estimular la dinámica de desarrollo en el contexto local. Así, en documentos de trabajo de los ministerios franceses de Cultura y Agricultura se llega a decir que “el desarrollo cultural debe ser considerado como un verdadero motor del desarrollo económico y social, y no como un lujo del que se puede prescindir”.

La cultura tiene distintas dimensiones en el medio rural: El patrimonio, La naturaleza y el paisaje rural, La creación. Es importante considerarlas en el momento de reconocer y explotar sus posibilidades:

1. El patrimonio.

Material o inmaterial (intangibles). Arquitectura, actividades y conocimientos especializados, tradiciones, fiestas y celebraciones, lengua, etc. ¿qué debemos hacer en relación con su vinculación a la dinámica de desarrollo local? 1) Identificación. 2) Recuperación y preservación. 3) Promoción o valorización en el marco de un proyecto coherente y viable. Con un doble objetivo: a) mejorar

el entorno y el ambiente cotidiano de la población rural; hay que tener en cuenta que la calidad estética del entorno y la conservación de la identidad eleva e nivel cultural de los residentes, y que, además, la adecuación de las infraestructuras permite desarrollar actividades culturales de diverso signo. b) generar actividades económicas que diversifiquen y complementen la estructura productiva local.

Y es que, el patrimonio cultural rural engloba un conjunto de elementos y de valores que lo configuran como un factor clave para dinamizar y potenciar el entorno socioeconómico, actuando, por un lado, como medio de atracción de personas, de capital y de actividades económicas generadoras de valor añadido y de empleo, y por otro lado, como revulsivo colectivo e instrumento de mejora de la calidad de vida de la comunidad local.

2. La naturaleza y el paisaje rural.

La naturaleza y sus paisajes han sido “cultivados”, y permanecen tal y como los observamos debido a las decisiones de los individuos y de los grupos humanos en relación con la gestión del territorio: su situación actual depende, en buena medida, del énfasis que se ha puesto a través del tiempo en su conservación o aprovechamiento. Cada cultura tiene una forma específica de enfrentar la gestión del territorio en que se desenvuelve y ello produce unos paisajes determinados. Algunos autores hablan de “Paisaje de Cultura”: las huellas que en el territorio y en la sociedad han ido dejando los grupos que ocuparon y habitaron el medio, y que, en una labor de siglos, supieron transformarlo.

3. La creación.

Utilitaria e intelectual. En el primer caso, artesanías, manufacturas, y en definitiva, todos aquellos elementos que facilitaron la ocupación y aprovechamiento del espacio, así como el desenvolvimiento cotidiano de individuos y grupos humanos. En el segundo caso, artes plásticas, literatura, espectáculos, entre otros productos fruto del desarrollo intelectual individual y colectivo.

En relación con la promoción económica de la cultura rural, estamos convencidos de que se debe mantener un equilibrio dinámico entre la satisfacción de las necesidades culturales y económicas en ese medio, puesto que, a menudo, se produce una simbiosis entre cultura y economía a través del desarrollo “exclusivo” de la actividad turística. Nada impide a los promotores de acciones culturales en el medio rural que traten de conciliar la necesidad de atraer un público exterior (y así dar respuesta a las apetencias de ruralidad de los habitantes de las ciudades) con la voluntad de satisfacer las aspiraciones del público local. Para ello es preciso que contemos con los agentes locales en la planificación de las actividades, y que, incluso, podamos implicarlos en su ideación y realización.

De igual modo, hay que propiciar un “consumo responsable” de la cultura rural, que no contribuya, en todo caso, a infravalorarla o degradarla. Una aproximación positiva a la cultura rural puede ser un inmejorable estímulo para los habitantes de ese medio, puesto que contribuye a reforzar sus señas de identidad.

El conocimiento, esto es, la obtención y adquisición de capacidades, habilidades y herramientas, es imprescindible para “sacar partido” del potencial de los recursos culturales en el medio rural. Importancia capital tienen, en este sentido, la motivación y la formación de la población para poder participar con garantías en el planteamiento de estrategias que valoricen el potencial cultural existente en el entorno local. Además, los proyectos de carácter cultural, o por lo menos, con una importante componente cultural, pueden facilitar la integración de todos los grupos sociales, como ya se ha señalado, y sobre todo, de los colectivos más frágiles o marginales: demandantes de empleo, jóvenes con dificultades, mujeres que desean integrarse en el sistema productivo, mayores, inmigrantes, etc.

El conocimiento además favorece la innovación, y es necesario propiciar y fomentar la innovación pero sin desnaturalizar el valor patrimonial de la cultura, con el objeto de dar viabilidad a los proyectos que afrontan su promoción. Cultura rural, casi siempre rica y diversificada, fiel reflejo de territorios intensamente humanizados, y que, constituye un patrimonio colectivo que es necesario “recopilar” con urgencia, sobre todo por la paulatina desaparición de los protagonistas de las últimas fases de la humanización. Al mismo tiempo, hay que valorar la mejor forma de que los recursos detectados contribuyan al desarrollo endógeno y equilibrado de la comunidad que los atesora. Por ello, se debe afrontar el inventario de los “bienes” culturales, en sentido amplio: iniciativa para aunar a la comunidad en torno a un proyecto compartido, además de sencilla ejecución y con múltiples aplicaciones, siendo trascendente entonces la involucración de todos los agentes locales en su planteamiento, realización y proyección.

Contenidos del catálogo, inventario o mapa de recursos culturales (patrimonio cultural):

- Restos arqueológicos y elementos derivados de la humanización.
 - Artesanía y manufacturas. Tecnología popular.
 - Hábitat y formas de poblamiento. Urbanismo.
 - Arquitectura popular, civil y religiosa.
 - Manifestaciones histórico-artísticas.
 - Fiestas y celebraciones populares y religiosas.
 - Efemérides.
 - Ciclo vital de las personas.
 - Fenómenos de organización social.
 - Labores agrícolas, ganaderas, silvícolas, pesqueras.
 - Formas de intercambio y relación.
 - Lengua, literatura y tradición oral.
 - Costumbres.
 - Gastronomía.
- Etc.

Productos culturales derivados:

- Itinerarios culturales, con distinto interés (pedagógico, recreativo, etc.) y carácter temático (arquitectónico, histórico, tecnológico, popular, etc.).
 - Museos, centros de visitantes y puntos temáticos.
 - Publicaciones.
 - Materiales didácticos.
 - Representaciones.
 - Producciones locales.
- Etc.

En definitiva, el porvenir del espacio rural se inscribe en el mantenimiento, e incremento si cabe, de su vitalidad, así como en la diversificación de sus funciones. Iniciativa, profesionalidad e innovación, entre otros, continúan siendo conceptos clave de todos los éxitos en la diversificación de las actividades del nuevo mundo rural.

Por otra parte, el progreso de las comunidades rurales sólo puede consolidarse en un clima social favorable, acompañado de formaciones diversas y de aperturas sobre el exterior. Exige una educación continua, curiosidad y respeto a la alteridad, ya que, en el futuro, el mundo rural no se podrá afirmar si no lo hace en la medida en que sus actores, herederos del patrimonio y recién llegados, se las ingenien para imaginar nuevos modelos de espacios rurales diferentes de los patrones clásicos y operativos en un contexto general que se reorganiza de forma permanente. En este sentido, y de la misma manera que las relaciones, circunscritas antaño al espacio de los alrededores, se han desarrollado hasta la escala mundial, también la vida rural se debe abrir de forma progresiva a la modernidad.

Y en este marco de reflexión, sigue siendo clave el papel de la cultura en el desarrollo del mundo rural, tanto la cultura del pasado como la cultura del presente, y sin duda, también la del futuro: la “cultura de la síntesis”, que renueva su originalidad con el paso del tiempo.

Bibliografía y documentación:

BONNEAMOUR, J., El mundo rural ante el desafío del siglo XXI, conferencia inaugural del X Congreso de Geografía Rural, Lleida, 2000.

Guía de Desarrollo Rural. Patrimonio Cultural Rural, Junta de Andalucía, Jaén, 1996.

KAYSER, B., La Cultura, un incentivo para el desarrollo local, Leader Magazine (8), Comisión Europea, 1994.

ZAPATA, V., La acción de la Universidad en los programas de desarrollo rural, comunicación al X Congreso de Geografía Rural, Lleida, 2000.